CONCURSO PÚBLICO

INSTITUTO RIO BRANCO
MINISTÉRIO DAS RELAÇÕES EXTERIORES

CARGO: TERCEIRO SECRETÁRIO DA CARREIRA DE DIPLOMATA

PROVA ESCRITA – TERCEIRA FASE
LÍNGUA ESPANHOLA – VERSÃO

PADRÃO DE RESPOSTA

Edmundo, el Céptico (Texto de Cecília Meireles)

En aquel tiempo, no sabíamos lo que era escepticismo. Pero Edmundo era escéptico. La gente se aburría y lo llamaba terco. Era una gran injusticia y una definición equivocada. Él quería romper con los dientes los huesos de ciruela, para chupar la miel que hay dentro. La gente le decía que los huesos eran más duros que sus dientes. Él rompió los dientes con la verificación. Pero verificó. Y todos aprendimos a su costa. (¡El escepticismo también tiene su valor!)

Le dijeron que, al zambullirse de cabeza en la pipa de agua del patio, podía morir ahogado. No se asustó con la idea de la muerte: quería saber si le decían la verdad. Y sólo no murió porque el jardinero estaba cerca.

En la lección de catecismo, cuando le dijeron que los sabios desprecian los bienes de este mundo, preguntó desde el fondo de la sala: “¿Y el rey Salomón?” Fue necesario que la profesora hiciera una conferencia sobre el asunto; y él no se convenció. Decía: “Sólo viendo.” Y en ciertas ocasiones, después de que le mostraran todo lo que quería ver, aún dudaba. “Quizá no he visto bien. “Ellos siempre dificultan.” (Ellos eran los adultos.)

Edmundo fue un estudiante muy difícil. Hasta los compañeros perdían la paciencia con sus dudas. Alguien debía haber intentado engañarlo, un día, para que él de este modo desconfiara de todo y de todos. Pero de sí, no; porque fue la primera persona a decirme estar a punto de inventar el moto continuo, invención que en aquel tiempo estaba muy de moda, más o menos como hoy, las aventuras espaciales.

Edmundo estaba siempre en guardia contra los adultos: eran nuestros permanentes adversarios. Sólo decían mentiras. Tenían la fuerza a su disposición (representada por varias formas de agresión, de la palmada a la habitación oscura, pasando por varias etapas muy variadas). Edmundo reconocía su inutilidad para luchar; pero tenía el brío de no dejarse vencer fácilmente.

En una fiesta de cumpleaños, apareció, entre números de piano y canto (¡ah, delicias de los saraos de antaño!) un mago con su sombrero de copa, su pañuelo, bigotes retorcidos y flor en la solapa. Ninguno de nosotros se importaría mucho con la verdad: era tan divertido ver salir cincuenta cintas de dentro de una sola... y el vaso de agua quedarse lleno de vino...

Edmundo se resistió un poco. Después, creyó que todos nos estábamos volviendo tontos. Dijo: “¡Yo no creo!” Fue a tocar el arsenal del mago y no pudimos más ver las monedas entrar por un oído y salir por el otro, ni del sombrero de copa vacío salir una paloma volando… (Edmundo era un aguafiestas. Edmundo no admitía la mentira. Edmundo murió temprano. ¿Y quién lo sabe, Dios mío, con qué verdades?)